

Emma Chase

ENREDADOS, I

Enredos



Enredados, 1
Enredos

Emma Chase

Esencia/Planeta

Título original: *Tangled*

- © Emma Chase, 2013
Publicado de acuerdo con el editor original, Gallery Books, una división de Simon and Schuster, Inc.
- © por la traducción, Laura Fernández Nogales, 2015
- © Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com
- © Imagen de la cubierta: Kordik- Shutterstock

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición: octubre de 2015
ISBN: 978-84-08-14572-1
Depósito legal: B. 20.715-2015
Composición: Tiffitext, S.L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1



¿Veis a ese despojo humano que está hecho un ovillo en el sofá? ¿El que no se ha duchado y está sin afeitarse? ¿El tipo que lleva esa camiseta sucia de color gris y los pantalones de chándal rotos?

Ése soy yo, Drew Evans.

Normalmente no soy así. Me refiero a que éste no es mi verdadero yo.

En la vida real siempre voy bien arreglado, mi barbilla luce un afeitado perfecto y llevo el pelo negro peinado hacia atrás de una forma que, según me han dicho, me hace parecer peligroso pero profesional. Mis trajes están hechos a mano. Y llevo unos zapatos que cuestan más que vuestro alquiler.

¿Mi apartamento, decís? Ah, sí, es donde estoy ahora. Las persianas están bajadas y los muebles cubiertos por el brillo azulado que proyecta la televisión. Las mesas y el suelo están salpicados de latas de cerveza, cajas de pizza y terrinas de helado vacías.

Sin embargo, mi apartamento no es así en realidad. El espacio en el que yo vivo está impecable; la chica de la limpieza viene dos veces a la semana. Y en él se puede encontrar hasta la última novedad, todos los juguetes de niño grande que os podáis imaginar: sistema de sonido envolvente, altavoces periféricos y un plasma enorme que pondría de rodillas a cualquier hombre. La decoración es moderna, hay mucho acero inoxidable de color negro, y todo el que pone los pies aquí comprende enseguida que está pisando territorio masculino.

Así que, como ya he dicho, lo que estáis viendo en este instante no es mi verdadero yo. Tengo la gripe.

Influenza.

¿Os habéis dado cuenta de que algunas de las peores enfermedades de la historia tienen cierto tono lírico? Palabras como *malaria*, *colitis*, *cólera*... ¿Creéis que lo hacen a propósito, que han buscado formas agradables de decir que te sientes como algo que ha salido del culo de tu perro?

Influenza. Si lo dices varias veces seguidas acaba sonando bien.

Por lo menos estoy bastante seguro de que eso es lo que tengo. Por eso llevo siete días encerrado en mi apartamento. Por eso he apagado el móvil y sólo me levanto del sofá para ir al baño o para recoger la comida que me trae el repartidor.

De todos modos, ¿qué? ¿Cuánto puede durar una gripe? ¿Diez días? ¿Un mes? La mía empezó hace una semana. La alarma sonó a las cinco de la mañana, como siempre. Pero en lugar de levantarme de la cama para ir a la oficina, donde soy una estrella, estampé el despertador contra la pared.

Siempre ha sido un fastidio. Un reloj estúpido con sus estúpidos pitidos.

Me di media vuelta y seguí durmiendo. Cuando por fin conseguí sacar el culo de la cama, me sentía débil y tenía náuseas. Me dolía el pecho, me dolía la cabeza... ¿Lo veis? Es la gripe, ¿no? No podía seguir durmiendo, así que me planté aquí, en mi fiel sofá. Estaba tan cómodo que decidí quedarme aquí toda la semana viendo las mejores películas de Will Ferrell en mi plasma.

Ahora mismo estoy viendo *El reportero: La leyenda de Ron Burgundy*. Ya la he visto dos veces, pero aún no me he reído. Ni una sola vez. Digo yo que a la tercera irá la vencida, ¿no?

Alguien llama a la puerta.

Maldito portero. ¿Para qué narices está aquí? Lo va a lamentar mucho cuando le dé el aguinaldo de Navidad este año, podéis estar seguros.

Ignoro el ruido, pero llaman otra vez.

Y otra más.

—¡Drew! ¡Drew, sé que estás ahí! ¡Abre la maldita puerta!

«Oh, no.»

Es la Perra; también conocida como *mi hermana Alexandra*.

Cuando digo la palabra *Perra* lo hago en el sentido más afectuoso posible, lo juro. Pero es exactamente lo que es: mandona, obstinada e inflexible. Voy a matar a mi portero.

—Drew, si no abres la puerta llamaré a la policía para que la echen abajo, te lo juro por Dios.

¿Veis a qué me refiero?

Agarro la almohada que llevo sobre mi regazo desde que empezó la gripe, entierro la cabeza en ella e inspiro profundamente. Huele a vainilla y a lavanda. Fresco, limpio y adictivo.

—¡Drew, ¿me oyes?!

Me cubro la cabeza con la almohada. No porque huele a... ella, sino para acallar los golpes que siguen sonando en la puerta.

—¡Estoy cogiendo el teléfono! ¡Voy a marcar! —La voz de Alexandra está preñada de advertencia, y sé que no va de farol.

Inspiro hondo y me obligo a levantarme del sofá. Tardo un buen rato en llegar hasta la puerta; cada paso que doy con mis rígidas y doloridas piernas supone un gran esfuerzo para mí.

Maldita gripe.

Abro la puerta y me preparo para la ira de la Perra. Tiene pegado a la oreja el último modelo de iPhone y lo sujeta con unos dedos coronados por una manicura perfecta. Lleva la melena rubia recogida en un simple pero elegante moño y de su hombro cuelga un bolso verde oscuro del mismo color que su falda. Lexi es una firme defensora de las combinaciones cromáticas.

Junto a ella, con un aspecto aparentemente arrepentido y un traje azul marino arrugado, está mi mejor amigo y compañero de trabajo, Matthew Fisher.

Te perdono, portero. Es Matthew quien debe morir.

—¡Dios mío! —grita Alexandra horrorizada—. ¿Qué narices te ha pasado?

Ya os he dicho que éste no es mi verdadero yo.

No le contesto. No dispongo de la energía suficiente. Me limito a dejar la puerta abierta y me lanzo boca abajo sobre mi sofá. Es suave y calentito, pero firme.

Te quiero, sofá. ¿Te lo había dicho alguna vez? Bueno, pues te lo digo ahora.

A pesar de tener los ojos enterrados en la almohada, noto cómo Alexandra y Matthew entran muy despacio en mi apartamento. Me imagino lo sorprendidos que deben de haberse quedado al ver el estado en el que se encuentra. Abandono mi capullo y me doy cuenta de que el ojo de mi mente ha dado en el blanco.

—¿Drew? —la oigo preguntar, pero esta vez percibo perfectamente la preocupación que destila la única sílaba que ha pronunciado.

Entonces se vuelve a enfadar.

—Por el amor de Dios, Matthew, ¿por qué no me has llamado antes? ¿Cómo has podido dejar que pasara esto?

—¡Yo no lo sabía, Lex! —se apresura a decir él. ¿Lo veis? Matthew también tiene miedo de la Perra—. He venido todos los días y nunca me ha abierto la puerta.

Noto cómo el sofá se hunde un poco cuando mi hermana se sienta a mi lado.

—¿Drew? —dice con dulzura. Me pasa la mano por el pelo con suavidad—. ¿Cariño?

En su voz percibo tanta preocupación que me recuerda a la de mi madre. Cuando era un niño y me quedaba en casa porque estaba enfermo, mi madre siempre me traía a la cama una taza de chocolate caliente y otra de sopa en una bandeja. Me daba un beso en la frente para comprobar si seguía teniendo fiebre. Siempre me hacía sentir mejor. El recuerdo y el paralelismo que descubro en las acciones de Alexandra me humedecen los ojos.

Ya lo sé: estoy hecho una pena.

—Estoy bien, Alexandra —le digo, aunque no estoy seguro de

que me oiga. Mi voz se pierde entre los pliegues de la almohada impregnada de esa dulce fragancia—. Tengo la gripe.

Oigo cómo se abre una caja de pizza y a continuación un gruñido provocado por el hedor a queso y salchichas podridas que emana del recipiente.

—Ésta no es exactamente la dieta que más le conviene a alguien que tiene la gripe, hermanito.

Oigo más ruido de latas de cerveza y basura y enseguida sé que ha empezado a organizar el desorden. No soy el único maniático de la limpieza de la familia.

—¡Oh, está todo hecho un desastre!

Inspira hondo y, a juzgar por el hedor que se une al aroma a pizza podrida, me parece que acaba de abrir una terrina de helado de hace tres días que no estaba tan vacía como yo pensaba.

—Drew. —Me sacude por los hombros con suavidad. Yo me doy por vencido y me siento frotándome el cansancio de los ojos con la mano—. Háblame —me suplica—. ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

Cuando veo la preocupada expresión de la perra de mi hermana mayor, me remonto veintidós años en el tiempo. Tengo seis años y mi hámster, el *Sr. Wuzzles*, acaba de morir. Y de la misma forma que aquel día, ella consigue arrancarme la dolorosa verdad de los pulmones.

—Ha pasado.

—¿Qué ha pasado?

—Lo que llevas años deseando que me pase —susurro—. Me he enamorado.

Levanto la cabeza en el momento justo de ver la sonrisa que se dibuja en sus labios. Es lo que siempre ha querido que me ocurriera. Ella lleva toda la vida casada con Steven, y lleva incluso más tiempo enamorada de él. Por eso nunca ha aceptado mi estilo de vida y está impaciente por ver cómo siento la cabeza. Quiere que encuentre a alguien que cuide de mí de la misma forma que ella cui-

da de Steven. De la misma forma que nuestra madre sigue cuidando a nuestro padre.

Pero yo le dije que eso no ocurriría nunca, que no era lo que yo quería. ¿Por qué iba alguien a llevar un libro a una biblioteca? ¿Por qué molestarse en llevar arena a la playa? ¿Por qué querría alguien comprar la vaca cuando puede conseguir la leche gratis?

¿Intuís ya adónde quiero ir a parar?

Así que aquí estoy, viendo cómo ella empieza a sonreír cuando, con un hilillo de voz que apenas reconozco, le digo:

—Va a casarse con otro. Ella no... Ella no me quiere, Lex.

La compasión se extiende por el rostro de mi hermana como la mermelada sobre el pan. Seguida de una evidente resolución. Porque Alexandra siempre lo arregla todo. Es capaz de desatascar desagües, lijar paredes abombadas y eliminar las manchas de cualquier alfombra. Ya sé lo que está pasando por su cabeza en este preciso momento: si su hermano pequeño está destrozado, ella lo recompondrá de nuevo.

Y me encantaría que fuera así de fácil. Pero dudo mucho que, ni con todo el Loctite del mundo, pudieran recomponerse los ajados trozos de mi corazón.

¿Os he dicho ya que también soy un poco poeta?

—Está bien. Podemos arreglarlo, Drew.

¿Conozco o no conozco a mi hermana?

—Lo primero que tienes que hacer es darte una buena ducha caliente. Yo recogeré este desastre. Luego saldremos. Los tres.

—No puedo salir. —«¿Es que no me está escuchando?»—. Tengo la gripe.

Me sonrío con compasión.

—Lo que necesitas es un buen plato de comida caliente y una ducha. Luego te sentirás mejor.

Quizá tenga razón. Dios sabe que lo que he estado haciendo durante los últimos siete días no me ha hecho sentir mejor. Me encojo de hombros y me levanto para hacer lo que me ha ordenado.

Como si fuera un niño de cuatro años con su osito, me llevo mi querida almohada conmigo.

De camino al baño, no puedo evitar pensar en cómo ha ocurrido todo. Yo tenía una vida estupenda. Una vida perfecta. Y de repente todo se ha ido a la mierda.

Ah, pero ¿queréis saber lo que ha pasado? ¿Queréis conocer mi triste historia? Está bien. Todo empezó hace algunos meses, la noche de un sábado normal.

Bueno, normal para mí.

Cuatro meses antes

—Joder, sí. Así. Cómo me gusta...

¿Veis a ese tipo? ¿El tipo rematadamente atractivo del traje negro? Sí, ese al que se la está chupando una pelirroja muy guapa en el servicio. Ése soy yo. Mi verdadero yo. YAG: Yo Antes de la Gripe.

—Joder, cariño, me voy a correr.

Vamos a pararnos aquí un momento.

Para aquellas chicas que estén escuchando, dejad que os dé un consejo: si un tío al que acabáis de conocer en un club os llama *cariño*, *vena*, *ángel* u os dedica cualquier otro apelativo genérico, no cometáis el error de pensar que está interesado en vosotras. Sólo está buscando nombres cariñosos.

Eso es porque es incapaz o no tiene ninguna intención de recordar vuestro nombre.

Y ninguna chica quiere que la llamen por el nombre equivocado cuando está de rodillas chupándosela a un tío en el servicio de caballeros. Así que sólo la llamé *cariño* para ir sobre seguro.

¿Su verdadero nombre? ¿Acaso importa?

—Joder, cariño. Me corro.

Ella aparta la boca, se oye un pop y me la coge con la mano como una profesional mientras eyaculo en su puño. Luego me

acerco al lavamanos para asearme y volver a subirme la cremallera. La pelirroja me mira con una sonrisa en los labios mientras se enjuaga la boca con un colutorio de tamaño viaje que se ha sacado del bolso.

Encantador.

—¿Nos tomamos una copa? —me pregunta adoptando lo que estoy convencido que tiene asimilado como una voz sensual.

Pero os daré otro dato: cuando he acabado, he acabado. No soy la clase de tío que monta dos veces en la misma atracción. Con una vez me basta, luego la emoción desaparece y se lleva consigo el interés.

Sin embargo, mi madre me enseñó a ser un caballero.

—Claro, cariño. Ve a buscar una mesa. Yo iré a la barra a por las bebidas.

A fin de cuentas, la pelirroja se ha esforzado mucho chupándomela. Se ha ganado una copa.

Después de salir de los servicios, ella se va en busca de una mesa y yo me dirijo a una barra llena de gente. Ya he mencionado que es sábado por la noche, ¿verdad? Y esto es REM. No, no la fase REM de cuando estás soñando, sino el mejor club de Nueva York. Bueno, por lo menos lo es esta noche. La semana que viene le arrebatará el título algún otro. Pero el lugar no importa. El guion siempre es el mismo. Cada fin de semana mis amigos y yo llegamos juntos y nos vamos separados, y nunca solos.

No me miréis así. No soy un mal tío. Nunca miento, no engaño a las mujeres con floridas palabras sobre un futuro en común y amor a primera vista. Yo soy muy directo. Lo que busco es pasar un buen rato durante una sola noche, y eso les digo. Os aseguro que es mucho mejor que lo que hacen el noventa por ciento de los tíos que hay en este local, creedme. Y la mayoría de las chicas que hay aquí están buscando lo mismo que yo.

Vale, es posible que eso no sea exactamente cierto, pero yo no puedo evitar que me vean, me follen, y de repente quieran cargar

con todos mis hijos. Ése no es mi problema. Como ya os he dicho, yo les digo las cosas como son, les hago pasar un buen rato y luego les pago un taxi para que las lleve a casa. Gracias y buenas noches. No me llames porque te aseguro que yo no pienso hacerlo.

Cuando consigo abrirme paso entre la gente para llegar a la barra, pido dos copas. Me doy un segundo para observar los cuerpos que se contonean y se retuercen pegados unos a otros en la pista de baile al ritmo de la música que suena en el local.

Y entonces la veo: está a cuatro metros y medio de mí, esperando pacientemente pero con aspecto de estar un poco incómoda entre toda esa gente que agita sus billetes con los brazos en alto con la esperanza de llamar la atención del camarero y poder saciar su sed de alcohol.

Ya os he dicho que soy muy poético, ¿verdad? La verdad es que no lo he sido siempre. No hasta este momento. Esa chica es hermosa, angelical, preciosa. Elegid una palabra, la que os dé la gana. Lo importante es que, por unos segundos, me olvido de respirar.

Su larga y oscura melena brilla incluso bajo la tenue luz del club. Lleva un vestido rojo sin espalda —sexy pero clásico— que acentúa cada una de las perfectas curvas torneadas de su cuerpo. Tiene una boca carnosa y generosa; sus labios parecen pedir besos a gritos.

Y sus ojos. Cielo santo, tiene unos ojos grandes, redondos e infinitamente oscuros. Me imagino esos ojos mirándome mientras se mete mi polla en esa boca tan seductora. El apéndice en cuestión cobra vida de inmediato ante la imagen que se ha formado en mi cabeza. Tiene que ser mía.

Me acerco a ella rápidamente mientras decido, en ese preciso instante, que será la afortunada que tendrá el placer de disfrutar de mi compañía durante el resto de la noche. Y estoy decidido a que sea muy placentera.

La alcanzo justo cuando está abriendo la boca para pedir su copa y la interrumpo diciendo:

—La señorita tomará... —La miro brevemente para imaginar lo

que debe de tomar. Tengo un don. Hay gente que sólo bebe cerveza, otros whisky con hielo, hay quien prefiere los vinos añejos, el brandy o el champán. Y yo siempre sé lo que prefiere cada cual, siempre—. Un Veramonte Merlot de 2003.

Se vuelve hacia mí con una ceja enarcada y sus ojos me recorren de pies a cabeza. Cuando decide que no soy ningún pringado, dice:

—Eres bueno.

Yo sonrío.

—Veo que mi reputación me precede. Sí, lo soy. Y tú eres preciosa.

Ella se sonroja. En realidad, sus mejillas se ponen completamente rosas y aparta la mirada. ¿Todavía hay mujeres que se sonrojan? Es adorable.

—¿Qué te parece si buscamos algún sitio más cómodo y privado donde podamos conocernos mejor?

Ella me contesta sin vacilar un ápice:

—He venido con unas amigas. Estamos de celebración. No suelo frecuentar esta clase de sitios.

—Y ¿qué celebráis?

—He acabado mi máster en Administración de empresas y el lunes empiezo en un trabajo nuevo.

—¿Ah, sí? Qué coincidencia. Yo también me dedico a las finanzas. Quizá hayas oído hablar de mi empresa: Evans, Reinhart y Fisher.

Somos la compañía financiera más importante de la ciudad, estoy seguro de que está impresionada.

Detengámonos aquí un segundo, ¿de acuerdo?

¿Veis el círculo que dibuja la boca de esta preciosa mujer cuando le digo dónde trabajo? ¿Habéis visto cómo ha abierto los ojos? Eso debería haberme dicho algo.

Pero en ese momento no me di cuenta, estaba demasiado ocupado mirándole las tetas. Que, por cierto, son perfectas. Más pe-

queñas de lo que suelo buscar, me caben perfectamente en la mano. Pero para mí esa medida es más que suficiente.

Lo que quiero deciros es que debéis recordar esa expresión de sorpresa porque en breve le encontraréis el sentido. Ahora volvamos a la conversación.

—Tenemos mucho en común —le digo—. Los dos nos dedicamos al mismo negocio, los dos apreciamos un buen vino tinto... Creo que nos debemos la oportunidad de ver adónde podría llegar esto esta noche.

Se ríe. El sonido es mágico.

Ahora debería hacer una pausa para explicaros algo. Si se tratara de cualquier otra mujer, de cualquier otra noche, a estas alturas ya me habría metido en un taxi con ella, tendría la mano pegada a su trasero y mi boca la estaría haciendo gemir. De eso no hay duda. Pero esto, para mí, es trabajármelo. Y por extraño que parezca resulta bastante excitante.

—Por cierto, me llamo Drew. —Le tiendo la mano—. ¿Y tú? Ella levanta la mano.

—Yo estoy prometida.

Le cojo la mano con decisión y le beso los nudillos rozándolos, muy suavemente, con la lengua. Me doy cuenta de que mi reticente belleza intenta reprimir un escalofrío y, a pesar de sus palabras, sé que me estoy acercando.

Veréis, no soy la clase de hombre que escucha lo que dice la gente. Prefiero mirar cómo lo dicen. Se puede aprender mucho sobre alguien si te tomas el tiempo necesario para observar cómo se mueve, la trayectoria de sus ojos, la modulación de su voz.

Y quizá sus ojos de corderita me estén diciendo que no, pero ¿qué hay del resto de su cuerpo? Su cuerpo está gritando: «Sí, sí, fóllame encima de la barra». En estos tres minutos ya me ha dicho por qué está aquí, a qué se dedica, y me ha dejado que le sobe la mano. Ésas no son las acciones de una mujer que no está interesada; ésas son las acciones de una mujer que no quiere estar interesada.

Y con eso me basta para trabajar.

Estoy a punto de hacer un comentario sobre su anillo de compromiso: el diamante es tan pequeño que cuesta encontrarlo incluso mirándolo de cerca. Pero no quiero ofenderla. Ha dicho que acaba de graduarse. Tengo amigos que tuvieron que pagarse el máster, y las condiciones de los préstamos pueden ser asfixiantes.

Así que me decido por una táctica distinta: la sinceridad.

—Mucho mejor. Tú no frecuentas sitios como éstos y yo no frecuento las relaciones. Encajamos a la perfección. ¿No crees que deberíamos explorar esa conexión más a fondo?

Ella vuelve a reírse y justo entonces llegan nuestras bebidas. Coge la suya.

—Gracias por la copa. Tengo que volver con mis amigas. Ha sido un placer.

La miro con una sonrisa traviesa en los labios.

—Nena, si dejas que te saque de aquí, le daré a la palabra *placer* un sentido completamente nuevo.

Ella niega con la cabeza y sonrío como si estuviera consintiendo a un niño con una pataleta. Y entonces vuelve a hablarme por encima del hombro mientras se marcha:

—Buenas noches, señor Evans.

Como ya os he dicho, suelo ser un hombre muy observador. Sherlock Holmes y yo podríamos trabajar juntos. Pero estoy tan cautivado por la imagen de ese dulce culito que al principio me pasa por alto.

¿Os habéis dado cuenta? ¿Habéis cogido el pequeño detalle que a mí se me ha pasado por alto?

Exacto. Me ha llamado *señor Evans*, pero yo no le he dicho mi apellido. Recordad eso también.

Por un momento dejo que la misteriosa morena se retire. Mi intención es darle un poco de espacio y luego volver a tirarle la caña y soltar sedal hasta que pique. Tengo la intención de perseguirla toda la noche si es necesario.

Está así de buena.

Pero entonces la pelirroja —sí, la del servicio de caballeros— me encuentra.

—¡Estás aquí! Pensaba que te había perdido. —Pega su cuerpo al mío y me acaricia el brazo—. ¿Te apetece venir a mi casa? Está a la vuelta de la esquina.

«Vaya, gracias. Pero no.» La pelirroja ya se ha convertido en un recuerdo lejano. Ahora tengo las miras puestas en objetivos más interesantes. Y estoy a punto de decírselo cuando aparece otra pelirroja junto a ella.

—Ésta es mi hermana, Mandy. Le he hablado de ti. Y dice que los tres podríamos..., ya sabes..., pasar un buen rato.

Poso los ojos sobre la hermana de la pelirroja, sobre su gemela, para ser exactos. Y mis planes cambian automáticamente. Lo sé, lo sé. He dicho que no me monto dos veces en la misma atracción. Pero ¿gemelas?

Creedme, ningún hombre dejaría pasar la oportunidad de subir a una atracción como ésa.